

VISTOS DESDE AFUERA

Pedro Prado

Del libro «Ariel Corpóreo» (Letras extranjeras). Editorial Buenos Aires, 1926.

DESDE hace poco más de diez años, una corriente de simpatía fraternal une a escritores chilenos y argentinos. Disipados los nubarrones del serio conflicto internacional que hubo de ensangrentar a ambos pueblos, restablecida su libertad histórica y aproximados definitivamente por el ferrocarril transandino, nada se oponía al intercambio espiritual de los artistas de uno y otro lado de la cordillera. El repentino florecimiento literario de Chile en estos dos últimos lustros favoreció y coronó la obra. Hasta entonces, contadisimas figuras, y aún de relativo mérito artístico, hubiera podido presentarnos el país hermano. Inesperadamente, una generación valiosa brilló en las letras. Y ése fué el momento decisivo.

Críticos, poetas, ensayistas, novelistas, vinieron a nosotros, representados por obras muy interesantes, no pocas bellas. Humanistas como Armando Donoso, polígrafo fecundo y celebrado; novelistas como Eduardo Barrios, penetrante psicólogo, narrador ágil y seductor; poetas como Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Ernesto Guzmán, y con ellos Gabriela Mistral, vigorosa, avasalladora, la más conocida para todos los pueblos de habla castellana, pero cuya resonancia no sofoca el cristal de voz tan semenino como la de María Monvel. Singularizado por la delicadeza del temperamento y la armonía de la obra, llegónos, desde un comienzo, Pedro Prado.

«En el aislamiento geográfico de la áspera tierra chilena, en medio de su cultura rudimentaria, que en arte le ha permitido hasta hoy tan cortos vuelos, es un milagro el caso de un escritor estéticamente puro como Pedro Prado», ha escrito su compatriota Donoso. Poeta, arquitecto, pintor... «Jamás se dió entre nosotros un temperamento tan completo de artista, un artista en quien el sentido de la autocritica llegase a un grado tan alto», agrega el mismo crítico.

I

Pedro Prado ha publicado ocho libros. • El primero, *Flores de cardo* (1908), y el tercero, *El llamado del mundo* (1913), de poesías. Pero no se busquen en éstas los metros tradicionales, la rima, la versificación regular. En su séptimo libro, *Ensayos sobre la arquitectura y la poesía* (1916), defendió indirectamente aquella su «libertad» poética. Su segunda obra, *La casa abandonada* (1912) inicia la serie de parábolas y pequeños poemas en prosa que se continúa en *Los pájaros errantes* (1915). Dos novelas figuran en esa producción: *La reina de Rapa Nui* (1914) y *Alsino* (1920). En 1915 apareció este extraño libro—¿poema novelesco, alegoría filosófica, cuento fantástico?—que se titula *Los diez*.

No obstante el valor casi total de su obra, dentro de la joven literatura chilena, y de los elogios repetidos que no le escatima la crítica, Prado, que es hombre de gran equilibrio y censor muy severo para juzgarse, escribíame, a raíz de haber aparecido en *Nosotros* (1916) el laudatorio estudio de Armando Donoso, y a propósito del mismo: «Mientras llega el tiempo—si llega— en que me venga al cuerpo, haré lo que nuestras madres con las camisas de los pequeños: llenarla de alforzas en las mangas y en el talle para ir dando suelta a medida que el chico crezca, si antes no se rompe la camisa». Y en otra

* Después de escrito este artículo, Prado ha publicado dos libros más: *Un juez rural*, novela, y *Androvar*, poema dramático.

oportunidad: «Yo siempre tengo prisa en terminar el trabajo que tengo entre manos, y es sólo para iniciar pronto obras, a mi parecer, de mayor importancia, y que quién sabe si, por el hecho de estar más distantes, me equivoco creyéndolas más altas y hermosas». La sencilla y conmovedora dedicatoria de *Alsino* a su esposa, comprueba, por último, las exigencias del artista consigo mismo y su afán de constante superación: «Adriana, te consagro *Alsino*; antes no tuve nada digno de ti. Lo dedico, también, a nuestro hijo Pedro y a sus siete hermanos menores; y perdona si aun lo ofrezco a esta vieja casa de adobes, a los árboles silenciosos que la circundan y a la torre que se eleva sobre las bodegas abandonadas».

Espigando entre la correspondencia que conservo del escritor chileno, vuelvo a leer sus confesiones de camarada, tanto más preciosas cuanto que fueron hechas al correr de la pluma, sin sospechar la posible publicidad, e inapreciable para penetrar en su carácter y en sus hábitos. He aquí como trabaja el artista:

«A pesar de que no me rige la disciplina de trabajo que usted supone, mis producciones aumentan; porque, si bien es cierto que paso largos meses sin hacer nada, en cambio, cuando llegan los instantes de madurez y claridad espiritual, escribo rápidamente, de mañana a la noche, sin necesidad de descanso y hasta huyendo de él, porque el reposo se me presenta tan lleno de solicitudes, que sería mayor fatiga resistir que dejarse llevar por esa vehemente necesidad de decir, que, en fuerza de pasión, borra y anula cuanto a ella no se refiere. ¿Podré ser, así, un estilista, como algunos me denominan? Gran sorpresa me traen semejantes apreciaciones. Poco puedo cuidarme de la armonía exterior en esos estados de embriaguez, y bien poca cosa me importan las palabras que uso como un medio y no como un fin... Por ahora, todas mis preocupaciones y energías las embarga una novela (*¿Alsino?*) que vengo madurando hace tres años. Si ella responde a mi entusiasmo, será lo mejor que hasta ahora pueda haber hecho» (1915).

En una carta del año anterior, me escribía:

«Yo también quiero a este viejo y extenso Santiago. Vivo en
« los suburbios del Poniente en una chacra que, con el crecer
« de la ciudad, ha quedado rodeada de casas (prólogo de *Rapa*
« *Nui*). En las noches llegan por el aire frío y quieto los pita-
« zos de los trenes en marcha, los sones de la charanga de
« algún circo distante, los coros que entonan las beatas en el
« lejano santuario de Lourdes. Estoy en una noche de éstas, y
« escribo mientras todos en la casa duermen: mi mujer y mis
« cuatro chiquillos».

En esta vieja casa de adobes transcurrió su infancia solitaria. Releo con emoción este párrafo de su última carta, fechada en Octubre de 1923:

«Yo fui hijo único de un hombre enérgico, triste y bondado-
« so; todo a la vez; yo, que viví una adolescencia y una ju-
« ventud que sólo de sí misma pudo abrevarse; yo, que perdi
« a los dos años, con la muerte de mi madre, todo eco feme-
« nino en la época directora de la vida y que sólo tarde, en
« mi mujer y en mis hijas mujeres, vuelvo a obtener la más
« preciada compañía, al pensar en mi escasa y árida labor li-
« teraria, acuso al destino de su sequedad...»

En la correspondencia amistosa entre chilenos y argentinos, difícilmente déjase de aludir al ya lejano conflicto internacional. Es necesario repetir que los fantasmas se han desvanecido y que las almas están libres de toda sombra. Tres veces encuentro la alusión en las cartas de Prado. Su madura sensatez se transparenta en la transcripción siguiente:

«Atravesando por varias partes de la cordillera, he venido a
« darme cuenta más cabal de que nuestros pueblos son unida-
« des geográficas irreductibles. Hay una diferencia tan marcada
« entre ambos que, a no ser así, yo no creería utópica una
« fusión que los transformara en un solo país. Contentémonos
« por ahora con ganar amigos en el bando vecino, con exten-
« der nuestras fronteras afectivas, con ser sinceros y honrados
« y no olvidar que somos hermanos y debemos vivir unidos, si
« queremos realizar unas esperanzas que todavía no definimos
« claramente, pero que sabemos que ya nos acompañan».

II

Una sensibilidad depurada que llega sutilmente a la belleza recóndita de las cosas; una simpatía humana que se compene- tra con la vida universal y un armonioso equilibrio entre la me- ditación y el ensueño, que se traduce en reflexiva y alada sere- nidad, constituyen las cualidades predominantes del espíritu de Pedro Prado. Fusionadas en la obra, dan a ésta inconfundible unidad. Entre sus composiciones poéticas y sus ensayos ideoló- gicos, entre sus poemas en prosa y sus narraciones fantásticas, hay apenas una diferencia formal: el pensamiento, la actitud men- tal, la atmósfera lírica, la esencia moral y hasta los ornamentos verbales, se permeabilizan y confunden, a través de las fronteras formales, en una sola sustancia de fruto tabicado. Toda su obra la integran variaciones en torno de un motivo invariable: la con- templación de la naturaleza y la meditación ante el fluir del tiempo.

«Del pasado remoto al futuro infinito, vuela tu juicio—escri- be en una de sus páginas—. No olvides que ni la duda ni « la ignorancia lo detienen. No olvides que necesariamente, en « fuerza de ser quien eres, juzgarás, lo desees o no, lo poco « que sabes, lo mucho que ignoras. Piensa a menudo en que « acaso esta fuerza que te lleve a juzgarlo todo, es una defen- « sa de la vida. La vida ha menester de tranquilidad interior, « y el hombre tiene vehemencia por saber. Y si éste te lleva « a la inquietud, aquélla te empuja a darte soluciones. De tu « necesidad de paz manan tus juicios ligeros. De allí también « puede nacer la indiferencia, que es la forma ciega del juicio « cuando el espíritu es débil, o es actitud de vida, defendién- « dose de la incertidumbre dolorosa».

Juzgarlo todo... Este pequeño filósofo se inclina para inte- rrogar al guijarro, o vuela con la nube para arrancarle su va- poroso mensaje. Pero el mundo físico, lo de fuera, lo que re- cogen sus sentidos, contiene su propia imagen, y contemplar es para él una forma de la introspección. «Los ojos de los hombres

tiñen de hombre a las cosas que observan; los sentimientos de los hombres visten de sentimientos humanos a lo que es indiferente; las ideas de los hombres reducen el mundo a una cosa que se parece al hombre». Este aforismo suyo nos da la clave de su filosofía. Como al viajero de una de sus parábolas que «viajó por todos los países de la tierra y supo que eran mayores las semejanzas internas que las diferencias exteriores que presentan los pueblos», a Prado le basta recorrer su jardín para saciar su sed de mundos nuevos. En la corola de una flor están todos los paisajes, todos los elementos, toda la belleza; basta que el hombre, el microcosmos, sepa descubrirlos descubriéndose a sí mismo. El viajero que recorrió toda la tierra llegó a saber un día «que el placer de viajar por el mundo o de viajar por el jardín de su casa, estaba relacionado con la potencia de la visión». El meditador de otra parábola responderá a los niños que le preguntan qué es una piedra: «un guijarro no es todo lo visible de un guijarro». Y argüirá: «Saber es lograr que las cosas se tornen transparentes como cristales. Entonces la mirada, lejos de tropezar en ellas, las atraviesa, y sus contornos son como marcos de ventana que se abren. Y así, una cosa sólo vale por la nueva perspectiva del mundo que ella encierra y nos ofrece». Pero esta revelación es hija de la soledad y el pensamiento: «el acto de pensar es un acto solitario». Y únicamente en la soledad podremos desnudar la esencia de la vida:

Porque sólo descifran sus designios
los espíritus claros y sencillos
que, al igual de lo que vemos en los niños,
sólo entablan coloquios con las cosas
cuando están solitarios y tranquilos.

Atento al latido de los fenómenos y deshilando el ropaje de las formas, el espíritu de Prado ausculta también lo incorpóreo y fugitivo. El viento, por ejemplo, es un *leit motiv* en su obra. «El polvo y las hojas y las aspas de los molinos, están encarga-

dos de hacer visibles a las ráfagas que soplan vecinas a la tierra; las nubes y los vilanos denunciamos a los vientos altos, que sólo en nosotros los perciben los ojos, —hace decir a un ave, justificando la existencia de quienes «sólo viven para indicar el paso de las cosas invisibles». Y anota en otro poema: «A la tierra la veo, al agua la gusto, al viento lo escucho y lo palpo. Sólo el tiempo, más flúido, se escapa; él es como un viento en el viento...»

Poeta—los poetas «son los hombres que perciben las semejanzas», reflexiona uno de sus personajes—Pedro Prado se expresa por imágenes. Imágenes de un frescor natural, deliciosamente espontáneas casi todas, no fruto artificioso de torturada elaboración. Porque pocos autores como él comunican la sensación de vivir tan alejados de la «literatura». El joven escritor chileno—pues aún no suma cuarenta años—observa, analiza, medita frente a las cosas; almacena ideas e impresiones; las depura en largos silencios, y luego, cuando ha elaborado mentalmente sus poemas, los entrega a la pluma. La fineza de sus acotaciones, como la claridad de sus imágenes, no son productos pacientes de gabinete. La eliminación de lo superfluo y lo espúreo se opera en él naturalmente, a través de prolongadas gestaciones, y los medios expresivos—la sobriedad del estilo y la precisión de los vocablos—surgen dócilmente a su hora, como respondiendo a aquella previa y ya acabada arquitectura.

Describe sintéticamente, con seguro trazo, después de haber sorprendido el detalle evocador y la imagen complementaria. Hojeo los libros, a la ventura, y recojo numerosos ejemplos. Leed estas dos impresiones nocturnas:

«La noche cubre los campos como una agua oscura y sutil.
« Después de haber penetrado hasta en las últimas concavidades
« de las dunas, eleva silenciosamente su nivel mil veces por encima
« cima de las más altas montañas».

« Alta va la luna y las nubes volando en torno. De vez en
« vez cae una nube como una mariposa en llamas de la luna
« y hay una pasajera oscuridad. Luego el cuerpo consumido
« de la mariposa rueda por los rincones oscuros de la noche».

Leed estas pocas líneas, en cuyo dinamismo pictórico se contiene entero el cuadro de la tempestad:

«La tierra osciló temblando. Como si bajo ella pasaran las olas del mar, en ondulaciones violentas de serpientes en fuga, los montes, antes quietos, danzaron como barcos anclados en una bahía insegura».

La imagen poética, tan rica en sugerencias espirituales como sobria en la expresión, sírvele asimismo para iluminar una figura y relacionarla con el medio, sin necesidad de acudir a los detalles minuciosos y al amplificado desarrollo realista. Hablando de la mujer amada, nos dirá: «Sin mirarla, veía que su hermosura acrecentaba la pureza del aire». Describiendo a un personaje: «Sus ojos negros parecían mirar algo dentro de ellos mismos o más allá de nosotros», o bien: «Daba la impresión de una edad detenida». Refiriéndose a los pescadores que «velan el sueño de los mares», y asociando su mutismo a la melancolía del crepúsculo marino: «Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en nosotros y en el agua entumecida».

III

Temperamento delicado, fino, psicólogo, dueño de una percepción aguda, de un pensamiento siempre limpio, de un lirismo sutil y concentrado, de una pluma que domina la difícil medida y el sentido de los matices, Pedro Prado es, sin duda, el artista de las letras chilenas. El contraste entre su espíritu y la «áspera tierra» en que se ha formado, singulariza aún más su raro caso. En ese descarnado territorio de los viriles araucanos, en esos filosos y solitarios archipiélagos australes, sorprende la aparición repentina de un poeta exquisito, sobrio y musical, que se dijera nacido en ambientes voluptuosos, de vida refinada y acendrada cultura. Mas no creais que él se sienta por ello extraño a su medio y se encastille en torre ebúrnea para soñar en urbes suntuosas. El nos ha dicho que conoce a su patria «como el hortelano los rincones de su heredad», y tanto la ama y se identifica con ella, que al buscar un

símbolo que ofrecer a la juventud americana, en una fiesta fraterna, escogió una rama de patagua florida.

«Las pataguas—escribió entonces— son gigantes de troncos
« inmensos que, al penetrar en la tierra, se bifurcan como las
« pezuñas hendidas de los bueyes. Pero esos troncos soberbios
« han sido formados por numerosos vástagos que fueron aproxi-
« mándose, estrechándose, penetrando los unos en los otros
« hasta fundirse en un solo madero nudoso, el más importante
« de los bosques centrales de mi patria. Como los jóvenes ar-
« bolillos, emergiendo de puntos diversos, se inclinaron hacia
« un centro común, se ha formado, y queda bajo el árbol viejo
« una concavidad que los leñadores aprovechan. Así, cada pa-
« tagua, como en un lugar de sacrificio, albergará el fuego del
« montañés para librarlo de las ráfagas violentas. Y no temáis
« que las llamas hieran su vitalidad. La unión es tan estrecha,
« que resbalan en esa carne como sobre la peña dura. Y más
« que amparadoras del fuego, lo son del agua sana. De aquí,
« tal vez, el origen de su nombre. Sabed que todas las fuentes más
« cristalinas, que todos los arroyos más frescos, nacen del pie
« de una patagua. Ninguna merece como ésta el nombre de
« agua de la vida, porque en sus márgenes los hombres, que
« la prefieren entre todas, levantan sus casas, que el viajero ve
« reflejarse en la pureza del cristal como flores de humanidad».

El sentimiento de la naturaleza y la simpatía cordial que se desprenden de esta página perfuman toda la obra de Pedro Prado. Su corazón vibra con el mundo. Pero nada podría daros una impresión más exacta y poética de su espíritu que su completo autoretrato. Contemplándose en los espejos comunes, asombrábase el poeta de que su imagen fuera tan simple y opaca. Una noche descubrió su verdadero espejo:

«Sobre el jardín envuelto en sombras, bajaba el pálido fulgor
« de las estrellas. En los cristales de las ventanas veía refle-
« jada la luz de la lámpara y mi actitud pensativa. Pero a través
« de mi imagen pude observar la arena de los senderos, los
« macizos de rosas que florecían en mitad de mi pecho, las
« estrellas lejanas que brillaban en mi cabeza. Pensé haber en-

« contrado un buen espejo. Aquella sombra, atravesada por
« franjas de arena, por rosales florecidos, por astros distantes,
« hablaba, con extraordinaria claridad, del origen de nuestro
« cuerpo y de las tendencias que llenan el espíritu humano».

✓ RAFAEL ALBERTO ARRIETA.